SUMARIO: *Parte quinta:* IX. La actual crisis mundial.—X. Un mejor orden económico.

PARTE QUINTA

IX. LA ACTUAL CRISIS MUNDIAL

Los que recuerdan la famosa crisis mundial de principios de los años treinta, difícilmente pueden librarse de la idea de que la actual es mucho más profunda y que, como tal, puede engendrar consecuencias más trágicas que aquélla. La crisis de los años treinta era, prácticamente, sólo una crisis económica, frente a la cual la teoría económica de los países democráticos resultó ser impotente. El desempleo —manifestación principal de aquella crisis— fue resuelto con extraordinaria eficacia por los regímenes no democráticos. Hitler disponía de un Schacht que dio trabajo a millones de obreros, construyendo las famosas autopistas alemanas. En la Unión Soviética, la Comisión staliniana de planificación se encargó de resolver este problema dentro de su imperio con medios semejantes, y, finalmente, la economía de guerra también contribuyó a eliminar los problemas de dicho mal.

La crisis actual ha saltado a la luz del día precisamente en el momento de plenos recursos y empleo, contando, incluso, con un nivel relativamente estable de precios. Entonces, el fondo no es de carácter puramente económico. Veamos: el descontento de las nuevas generaciones, ante todo, alienación, escasas perspectivas cara al futuro, hundimiento moral, empeoramiento del clima social en general, tensiones internacionales y guerras regionales o locales permanentes, y la crisis ecológica u otros fenómenos, indicaban ya hace varios años que la sociedad no es capaz de afrontar y resolver los más funda-

mentales problemas humanos. A todo ello se suman ahora el desempleo y la inflación.

No se trata de una crisis típica de la sociedad capitalista, como arguyen los socialistas y comunistas, sino que nos encontramos ante una crisis que atañe tanto al Oeste como al Este; aunque las formas de su exteriorización no son, tampoco pueden ser, idénticas.

El sistema comunista de economía se basa en la forma forzosa del trabajo, desconoce el desempleo y, por tanto, tampoco puede manifestarse de modo clásico la inflación, por tratarse de una economía planificada. El Gobierno —aún más: el Partido Comunista— fija unilateralmente los precios, y los precios siempre superan el nivel normal. En el mundo occidental, la crisis económica se manifiesta en forma de empeoramiento de la situación, y por ello se la puede localizar en seguida. En cambio, la crisis en el bloque oriental es permanente, por lo cual es imposible localizarla, ya que, además, es aceptada como una realidad de todos los días.

Prescindiendo de aspectos ideológicos, aquí, en el Occidente, no se piensa en la posibilidad de que el Este ofrezca alguna perspectiva de solución. Lo que pasa es que en el mundo socialista se va perdiendo la tradicional fe en el Occidente, por cuya existencia valdría la pena de luchar con el fin de salvarlo. Hasta cierto punto, el Este va ganando a expensas del Oeste, debido en gran parte a la política exterior occidental improvisada, casual, careciente de principios y de poca vista. Hay voces que afirman: si no cambia el rumbo, es posible que el bloque oriental mejore su situación (a expensas del Occidente, claro está). Dicho de otra manera: el Este será un poco más rico y el Oeste algo menos rico, alternativa que bien pudiera dar lugar a la convergencia sobre la plataforma de miseria y falta de libertad.

El año 1975 podría ser un punto de partida en este sentido; o si no es, quedan los años siguientes. En cualquier caso, tal peligro no sería descartable como una de las alternativas reales. Por esta razón sería necesario buscar otras posibilidades. Desde hace más de un año se están buscando medios de paralizar la inflación, romper con el estancamiento y recesión o depresión. Cuando hace casi un año el presidente Ford convocó una reunión consultiva de los más destacados economistas, el premio «Nobel» Samuelson manifestó su satisfacción por el hecho de que 20 de los 28 científicos convocados se han puesto de acuerdo en el sentido de que el año 1975 no puede ser menos crítico que el 1974. Tenía razón. Al menos, hasta ahora.

Esta afirmación contiene la propia causa de la crisis económica,

social y política. También los economistas suelen profetizar, como los astrónomos al anunciar que tal cual estrella se encontrará en tal y cual fecha en tal y tal lugar y a una hora determinada. El método de los hombres de ciencias naturales consiste en estudiar los procesos a base de experiencias ya conseguidas con el fin de predecir un hecho futuro, es un método del pensamiento, con el que se familiarizaron los hombres de ciencias sociales. Trátese de marxistas o no marxistas, todos consideran a la sociedad como parte del universo, en virtud de lo cual las leyes del universo concuerdan, grandemente, con las de la sociedad. Si, por ejemplo, descubrimos que el mayor nivel de empleo se relaciona con un mayor nivel de subida de precios, este hecho es registrado como tal y es formulado como ley económica [61]. Sobre la base de tal comparación se predice, se profetiza. Porque, al fin y al cabo, tras este método o tal teoría subyace la concepción científica del mundo, la filosofía social.

La cuestión estriba en si la sociedad es uno de los sistemas que encontramos en la naturaleza o si se trata de un fenómeno *sui generis*. Hay teorías que afirman que la sociedad, como parte del universo, es un mundo bien determinado. Cualquier postura que acepte el principio de determinismo, en cuanto a las relaciones sociales, menosprecia al elemento creador humano de las mismas. La sociedad, tanto occidental como oriental, capitalista o socialista, se basa en el principio de la cientificidad, la cual posibilita la predicción y previsión, reiteración y cuantificación. En tal caso, los fenómenos considerados como no cuantificativos no se toman, simplemente, en consideración. Las dimensionalidades humanas no son cuantificativas; por esta razón no entran en análisis científicos en torno a la teoría y al desarrollo económicos.

El modelo soviético presenta una relación directa entre teoría, filosofía y realidad [62]. La concentración del poder político, económico y cultural en una pocas manos significa, en la práctica, que el aparato de poder determina en forma del plan también los índices de su cuantificación. El sistema capitalista es mucho más complicado, ya que en él existen elementos humanistas, religiosos y liberales, que frenan aquellas fuerzas que pudiesen aplicar directamente la filosofía de la cuantificación, fuerzas que normalmente pierden. No se trata de frenar u obstaculizarlas, sino de luchar por algo nuevo, algo mejor,

---

61 LÖBL, Eugen: «Pohlad na súcasnú svetovú krízu», *Horizont-75*, Zürich, 1.
62 *Ibid.*, 2.

luchar por una nueva alternativa. Sin una alternativa humana es imposible cambiar el sistema y las relaciones sociales.

Quiere decir esto que las ciencias sociales, y sobre todo las económicas, han de prescindir de ciencias naturales en imitarlas, puesto que son, y han de ser obra del hombre, de la creación humana. El mundo sigue atrapado en una teoría que será capaz de predecir, pero no de prevenir. Con otras palabras, las teorías económicas y sociales, siempre con el trasfondo político y jurídico, han de servir al hombre y no ser el hombre su esclavo. Es preciso recordar que el auge del fascismo y el estallido de la Segunda Guerra Mundial eran hijos de un sistema monetario anticuado, en el que todos los economistas occidentales creían y del cual hoy día se ríe un estudiante de Enseñanza Media. Todo indica que la actual crisis es, en un principio, una crisis intelectual. Disponemos de una economía superdesarrollada, aplicando la ciencia de los siglos XX y XXI, pero operando sobre el pensamiento de los economistas del siglo XIX, trátese de los clásicos del capitalismo o del socialismo.

Según parece, el porvenir, lo que queda del siglo XX y sobre todo el del siglo XXI, depende del resultado de la lucha llevada a cabo, necesariamente, en el frente de las teorías socioeconómicas. El prestigio de los científicos que defienden sus viejas teorías influye mucho en las nuevas generaciones de economistas, por lo cual no se deciden a dar un paso resuelto hacia adelante. Mientras tanto, estas viejas teorías no son capaces de resolver nada.

Perspectivas: buenas y menos buenas. Buenas en el sentido de que en la esfera del Oeste es posible buscar y encontrar nuevas alternativas. Menos buenas, en cuanto a la dificultad de humanistizar a la sociedad actual. Y el conflicto entre Este y Oeste tendrá que resolverse en el campo ideológico —a través de las ciencias sociales—. Puede presentarse otra clase de conflictos, aunque poco probable, ya que un conflicto nuclear en vez de resolver destruiría los problemas pendientes igual que al propio mundo. El problema del petróleo no es la única causa, ni mucho menos, de la actual crisis económica, política y social del mundo.

En la confrontación Este-Oeste interviene también la República Popular de China, en los últimos años con gran tenacidad en Europa. En la China de Mao, la relación entre nuevos conceptos económicos y sus fuentes tradicionales es obvia y representa solamente un aspecto de la sociedad china que indica una definida continuidad, y no

una interrupción, de la China moderna[63]; siempre respecto a la tradicional. Resulta patente también en otro orden de cosas, en la ideología, por ejemplo, o en la dirección de las relaciones exteriores. Los tan repetidos slogans comunistas chinos de «hacer que el pasado sirva al presente» y «quitar las malas hierbas viejas para que salga hierba nueva buena» reflejan la misma sensación de continuidad.

Entre los días 15 y 17 de noviembre de 1975 se celebró en el castillo de Rambouillet, cerca de París, una cumbre económica de jefes de Estado y de Gobierno de los siguientes países: Estados Unidos, República Federal de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Japón e Italia. Los presidentes Ford y Giscard d'Estaing, y los jefes de Gobierno Schmidt, Wilson, Moro y Miki, acompañados de sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores y de Hacienda, trataron de considerar las realidades política, económica, social y financiera actual de los países occidentales, sin olvidarse del Tercer Mundo, tampoco de la situación existente en los Estados del bloque comunista.

Cada uno de los seis estadistas occidentales abordó un tema concreto: Ford expuso el problema de la energía; Giscard d'Estaing, el monetario; Schmidt habló de la recuperación económica mundial[64]; Wilson se refirió a las relaciones entre los países industrializados y los del Tercer Mundo, o en vías de desarrollo; el político nipón Miki abordó el tema del comercio internacional, y Moro se ocupó de las relaciones Este-Oeste.

Los resultados de esta cumbre no son concretos, pero sí se puede afirmar que constituye una llamada al buen sentido y a la necesidad de una acción conjunta y decidida para que las economías occidentales, corrigiendo sus errores, vuelvan a recuperar el rumbo y puedan ofrecer a las nuevas generaciones un equilibrio político, económico y social más justo y más ético conforme a las realidades de un mundo moderno[65]. Como en otras ocasiones, también esta vez nos encontramos ante un esfuerzo de crear un orden económico para todos. Lo importante es que la «beligerancia gaullista se acabó». Fueron los americanos quienes ganaron la guerra, y el dólar resuelve su imperio fluctuante. En Rambouillet, lo que diga Washington, igual para salir que para quedarse en la crisis..., apuntaría un observador español[66]. Esta vez, Canadá no ha recibido la invitación de París. En cuanto a

63 *La actualidad en la República Popular China*, vol. XI, núm. 5-6/1975.
64 Cuyas bases reproducimos, en extracto, en el siguiente capítulo.
65 J. L. MORA MALLO, en *ABC* de 14 de noviembre de 1975.
66 J. JAVALOYES, en *ABC* de 16 de noviembre de 1975.

Gran Bretaña, la verdad es que por sus relaciones especiales con los Estados Unidos no presta excesiva atención a esta clase de «cumbres», de carácter más consultivo que eficaz. Excepto la República Federal de Alemania, gran protagonista de un nuevo orden económico mundial.

X. UN MEJOR ORDEN ECONÓMICO

En la VII Asamblea General extraordinaria de la ONU, el ministro germano-federal de Asuntos Exteriores, Genscher, ha expuesto el criterio del Gobierno Federal acerca de unas relaciones más equilibradas entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo en un programa de nueve puntos. Se sugiere la apertura de los mercados de las naciones industriales a los productos de los países en desarrollo en mayor proporción que hasta ahora, la estabilización de los precios de las materias primas, el abastecimiento continuado de las mismas a la economía mundial, una cooperación técnica acelerada y un aumento efectivo de la producción de alimentos en los países en desarrollo. Deberían evitarse las oscilaciones excesivas de los precios de las materias primas, transferir tecnologías modernas a los países en cuestión, promover las transferencias de capitales y reorganizar de tal forma el sistema monetario mundial que se ponga al servicio del crecimiento de la economía mundial en general, al mismo tiempo que se mantiene estable el valor del dinero [67]. Genscher aseguró que el Gobierno de Bonn está consciente de la interdependencia de las naciones industrializadas y los países en desarrollo, afirmando, textualmente, que «La economía mundial no sólo tiene que crecer, sino hacerlo de tal manera que se reduzca el abismo que separa a las naciones industriales de los países en desarrollo. La superación de esa diferencia es la principal tarea de nuestra época.»

Poco después, ante la XXX Asamblea General de la ONU, Nueva York, el mismo ministro pronunciaría el 24 de septiembre de 1975 un discurso, en el que declaraba, entre otras cosas, lo siguiente [68]: «Los fundadores de las Naciones Unidas impusieron al mundo tres grandes objetivos: la salvaguardia de la paz, el respeto de los derechos humanos y del derecho de autodeterminación, así como el fomento del progreso económico y social. Lo que en 1945 era presunción,

---

[67] *Boletín*, Bonn, núm. 31/1975, «A favor de un mejor ordenamiento económico mundial».
[68] *Ibid.*, núm. 34/1975: «XXX Asamblea General de la ONU».

se ha convertido hoy en realidad: la interdependencia global del mundo. Por consiguiente, las tres grandes exigencias de nuestro tiempo son:

1. Hay que seguir avanzando desde el egoísmo económico hacia un orden económico mundial basado en la cooperación entre iguales.
2. Es preciso seguir avanzando desde la proclamación de los derechos humanos hacia su realización en todo el mundo y hacia la realización del derecho de autodeterminación en cualquier lugar donde se siga negándolo.
3. Es imprescindible continuar avanzando desde la contención de la crisis hacia una paz justa y, por tanto, duradera...»

A continuación, y en el mismo lugar, el estadista alemán abordó también el problema de la guerra fría y de la distensión, afirmando que la distensión presupone confianza mutua, porque la desconfianza y el temor no contribuyen sino a reavivar las viejas situaciones de tensión en Europa... La actitud germano-federal en la escena internacional es clara, como lo es de otros países y Gobiernos occidentales; la de la URSS y de sus «aliados» lo es también, sólo que en sentido contrario: vuelta a la tensión internacional, dentro de la cual la cuenca del Mediterráneo figura en primer plano. Veamos ese mejor orden económico mundial [69]:

A

Por vez primera desde que terminó la última guerra mundial se ha detenido el crecimiento económico a escala universal y por vez primera también disminuirán con toda probabilidad el comercio mundial y el producto nacional bruto del mundo. Bajo el peso de déficits acumulados de las balanzas de pagos, se cierne por vez primera sobre los países en desarrollo la amenaza de paralización general de su desarrollo.

Será necesaria la cooperación estrecha de todos los países para lograr que la economía mundial reencuentre el camino que conduce a un crecimiento continuo real. El canciller Schmidt ha insistido reiteradamente en la necesidad de una actuación y unos esfuerzos coordinados para superar la recesión, presentando en esas ocasiones las propuestas correspondientes, propuestas y sugerencias que no se limitan únicamente a los esfuerzos dentro de la Comunidad Europea, sino que tienen por objeto una actuación coordinada a escala mundial.

69 En relación con la nota 64: Suplemento al *Boletín*, núm. 32/1975.

Todos nosotros somos conscientes de lo que significaría que no lográsemos someter a control la recesión: en el desarrollo y el crecimiento se funda no sólo la estabilidad de nuestras economías nacionales; sobre ella descansa también la estabilidad de nuestras estructuras sociales y políticas, y en última instancia, la estabilidad de la paz mundial.

La recesión nos ha hecho ver a cada uno de nosotros el grado que ha alcanzado la interdependencia económica entre los Estados. Se pone aquí de manifiesto una consecuencia más del crecimiento sin parangón de la economía mundial: el aumento, igualmente insólito, de la dependencia de las distintas economías nacionales de las tendencias y decisiones más allá de sus fronteras.

La interdependencia condiciona también hoy las relaciones entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo. Así, mientras que las primeras necesitan materias primas y petróleo de los países en desarrollo, éstos necesitan capital, tecnología y cereales de las naciones industrializadas. Cada parte necesita el mercado de la otra para la colocación de sus productos.

El 75 por 100 de las exportaciones de los países en desarrollo va a parar hoy a los países miembros de la OCED; el 20 por 100 corresponde a los intercambios comerciales entre los mismos países en desarrollo, y el 5 por 100 restante lo absorben los países de comercio de Estado.

Esto significa que las tasas de crecimiento de las naciones industrializadas con economía de mercado y las de los países en desarrollo están indisolublemente unidas. Un crecimiento más lento en los países miembros de la OCED da automáticamente lugar, a través de un retroceso de las importaciones, a un crecimiento también más lento en los países en desarrollo. La situación actual es la prueba más palpable de ello.

Ambas partes pueden expansionarse juntas o tendrán que estancarse también juntas. Quien no tenga en cuenta las posibilidades de crecimiento de la otra parte pone en peligro su propio crecimiento. Quien deteriore con su política el crecimiento de los demás se perjudica con seguridad y en última instancia a sí mismo.

En el terreno de la política práctica significa esto que ninguna parte puede salir beneficiada de la imposición de exigencias incompatibles con un crecimiento continuo de la economía mundial. La redistribución de los bienes disponibles dentro de una economía en situación de estancamiento no conduce a nada. El desarrollo no puede

acelerarse de una manera constante más que dentro de una economía mundial en trance de expansión.

En un mundo interdependiente, la confrontación y la actuación unilateral e insolidaria da inevitablemente lugar a que, al final, pierdan todos. Pero al mismo tiempo brinda una magnífica oportunidad: mediante la cooperación podemos conseguir hoy el crecimiento económico y el progreso social para todos. De ahí que tanto hoy como en el futuro tenga que ser la cooperación base de la convivencia en el mundo.

El aspecto más esperanzador de la actual situación reside en el hecho de que, en contraposición a 1930, los Gobiernos son conscientes de esa interdependencia. Buena prueba de ello son una serie ininterrumpida de conversaciones y conferencias sobre economía celebradas en el transcurso de los dos últimos años. Las cuestiones económicas han pasado a ocupar el centro de la diplomacia mundial. La solución de los conflictos económicos se ha convertido en pauta de la política exterior.

Los dos años de recesión han visto un primer y prometedor ejemplo de cooperación entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo animado por ese espíritu de interdependencia. Me refiero al convenio de Lomé entre la Comunidad Europea y 46 países africanos, del Caribe y del Pacífico. Nunca había intentado un grupo tan numeroso de naciones industrializadas y de países en desarrollo fijar, con plena igualdad de derechos, condiciones básicas para su cooperación futura.

El convenio convierte en realidad nuevas concepciones:

— Les ofrece a los países ACP un acceso prácticamente libre al mercado europeo, mientras que, por su parte, la Comunidad Europea renuncia a la reciprocidad. Esta concepción de «zona unilateral de libre comercio», defendida en un principio enérgicamente por la República Federal de Alemania, tiene en cuenta las diferencias en el nivel de desarrollo de ambas partes contratantes.

— El convenio crea además un sistema de estabilización del producto de la venta de materias primas de los países contratantes de Africa, el Caribe y el Pacífico.

— Se trata, por último, de hallar nuevas modalidades de promoción de la cooperación industrial.

La misión que nos toca ahora cumplir consiste en llevar el espíritu de responsabilidad común expresado en el convenio de Lomé a las negociaciones sobre cooperación mundial. Hay que crear una estruc-

tura más equilibrada y más justa para la cooperación dentro de una economía mundial interdependiente. El ministro italiano de Relaciones Exteriores, Rumor, hizo profesión de fe en esta meta en nombre de los nueve países miembros de la Comunidad Europea, prometiendo la colaboración activa y constructiva de la Comunidad en su realización.

Ya no bastan por sí solos los esfuerzos nacionales en este sentido. La sincronización de los ciclos coyunturales significa más bien que tanto el crecimiento de la economía propia como el de la mundial no puede conseguirse más que por vía del esfuerzo común y de la coordinación más estrecha.

La economía mundial no sólo tiene que crecer, sino además hacerlo de tal forma que se cierre cada vez más el abismo que media entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo. La superación de esta desigualdad es la gran tarea de nuestro tiempo. Por la voluntad y la capacidad de acometer esa tarea y de resolverla seremos medidos hoy y en el futuro.

La solución de esta tarea dependerá en última instancia de que los mismos países en desarrollo hagan todos los esfuerzos posibles para movilizar sus energías productivas y para usar de ellas con eficacia. Pero también las naciones industrializadas pueden y deben prestar ayuda en todos los sectores y configurar en colaboración con los países en desarrollo el sistema económico mundial de tal forma que, a ser posible, promueva el objetivo de la aceleración del desarrollo.

Nadie debiera olvidar que dentro del orden creado en los primeros años de la posguerra ha vivido el mundo un crecimiento de la producción y el comercio sin igual en la historia, crecimiento que no se ha limitado únicamente a las naciones industrializadas, sino que se ha extendido también a los países en desarrollo. Entre 1960 y 1974, es decir, desde el comienzo de la primera década del desarrollo, los países en desarrollo han conseguido una tasa anual de crecimiento de casi el 6 por 100, superior, por tanto, a la de las naciones industrializadas en dicho período.

Ahora bien, lo que no se ha conseguido es reducir la distancia que en materia de renta per cápita separa a los países pobres de los ricos. El avance derivado del crecimiento más intenso del Tercer Mundo ha sido absorbido con creces por la explosión demográfica.

Pero la solución de estos problemas reside en una mejora de la eficacia de los mecanismos del mercado y no en la escapada a un dirigismo burocrático de alcance mundial. El orden económico mundial tiene como misión coordinar la división del trabajo entre más de 150 países soberanos todos ellos y con sistemas económicos dife-

rentes. Esta compleja tarea no puede resolverse a no ser con la ayuda del principio indicativo de la economía de mercado. La pretensión de resolverla mediante un dirigismo internacional no pasa de ser una utopía peligrosa. Tal intento no podría desembocar más que en la paralización y en el despilfarro de los recursos.

El denominador común de nuestros esfuerzos no puede ser otro que la reforma del ordenamiento actual, basado en la economía de mercado, independientemente del sistema económico por el que se hayan decidido los países miembros de las Naciones Unidas, ya que ese orden es el único que respeta la soberanía de todos los Estados y que permite una colaboración en pie de igualdad a escala mundial.

La misión reformadora consiste, pues, en conservar la eficiencia de la economía de mercado, pero vinculándola a una ayuda más eficaz a favor de los débiles. Hay que acabar, por tanto, con los abusos de los poderosos en el mercado y también ensanchar las oportunidades de los débiles. Lo que tenemos que conseguir es una economía mundial de mercado que cumpla con la exigencia de un equilibrio justo de intereses. El camino que conduce a tal situación pasa por un programa coherente de reformas que se atengan a los principios de la economía de mercado. ¿Cómo sería ese programa? Me voy a limitar a reseñar sus aspectos principales:

1. Tenemos que abrir en mayor medida que hasta aquí los mercados de las naciones industrializadas a los productos de los países en desarrollo, incluyendo también las manufacturas entre dichos productos.
2. Tenemos que estabilizar los ingresos que perciben los países en desarrollo por la exportación de materias primas, sobre todo en el caso de los países menos desarrollados y de los afectados más duramente por la crisis.
3. Tenemos que evitar oscilaciones excesivas de los precios de las materias primas.
4. En interés de la funcionabilidad y el crecimiento de la economía mundial, tenemos que asegurar un abastecimiento continuo de materias primas.
5. Mediante una cooperación industrial y técnica, tenemos que acelerar la industrialización de los países en desarrollo.
6. Tenemos que agilizar y mejorar el traspaso de tecnología de las naciones industrializadas a los países en desarrollo.
7. Tenemos que incrementar intensamente la producción de alimentos de los países en desarrollo.

8. Tenemos que promover por todos los medios el trasvase de capital a los países en desarrollo, especialmente a los más pobres.

9. Tenemos que organizar de tal forma el sistema monetario mundial que resulte lo más favorable posible al crecimiento del comercio y de la economía mundiales y al mantenimiento de la capacidad adquisitiva del dinero.

B

Las distintas propuestas en particular: Apertura de los mercados

La apertura de los mercados de las naciones industrializadas deberá garantizar a los países en desarrollo una participación creciente en el comercio mundial.

De ahí que el Gobierno Federal abogue por una supresión progresiva de las barreras comerciales arancelarias y no arancelarias, influyendo dentro del marco de la Comunidad Europea en las actuales negociaciones del GATT para que continúe abriéndose a los países en desarrollo el acceso a los mercados de importación de las naciones industrializadas. Quisiera hacer ver en este sentido que por lo que se refiere a las importaciones per cápita procedentes de los países en desarrollo, mi país ocupa uno de los primeros puestos entre los países de economía de mercado, y que dichas importaciones equivalen a multiplicar por diez las correspondientes de los países de comercio de Estado.

El sector más dinámico del comercio mundial es el del intercambio de productos industriales. Aquí es, pues, donde se ofrecen las mayores posibilidades de aumentar las exportaciones de los países en desarrollo, y aquí también es donde de modo especial tienen que abrirse los mercados de las naciones industrializadas a los productos de los países en desarrollo en mayor medida que hasta aquí. No puede sostenerse por más tiempo el hecho de que no obstante numerosas mejoras, los aranceles aduaneros de las naciones industrializadas sean en general más bajos para las materias primas que para los productos intermedios y las manufacturas, discriminando así la exportación de productos acabados de los países en desarrollo. De ahí que uno de los objetivos principales tenga que consistir en la supresión de los aranceles de progresión escalonada. Además hay que seguir ampliando y mejorando las preferencias a favor de las importaciones de productos industriales procedentes de los países en desarrollo.

Esta apertura —que no se refiere sólo a las materias primas, sino

de modo especial a los productos elaborados del Tercer Mundo— es a juicio del Gobierno Federal una de las ayudas más eficaces que pueden prestar las naciones industrializadas a los países en desarrollo. Todas las naciones industrializadas, independientemente del sistema económico a que pertenezcan, debieran hacer todo lo posible para convertir en realidad esa apertura.

La Comunidad Europea es la primera agrupación económica que ha implantado un sistema general de preferencias arancelarias para los productos manufacturados de los países en desarrollo y que amplía y mejora constantemente dicho sistema. La Comunidad está decidida a seguir avanzando consecuentemente por dicho camino. Además considera necesario que siga en vigor después de 1980 el sistema de preferencias.

Estabilización del valor de las exportaciones de materias primas

La mayor parte de los países en desarrollo dependen de las exportaciones de materias primas, tanto en lo que se refiere a sus ingresos de divisas como a sus ingresos presupuestarios. De ahí que la estabilidad y el aumento del valor de las exportaciones de materias primas constituyan un objetivo vital para dichos países. La República Federal de Alemania es consciente de la importancia de dicho objetivo y lo secunda.

El Gobierno Federal considera necesario ayudar a la estabilización de sus ingresos por exportación de materia primas, sobre todo a los países menos desarrollados y a los más duramente afectados por la crisis. Por eso —y como ya se hizo público en su día— presentó, a raíz de una sesión del Consejo federal de ministros, el 9 de junio de 1975, una propuesta, aceptada entre tanto por el Fondo Monetario Internacional, de vender una parte de las reservas de oro del Fondo y destinar el producto de dicha venta a otorgar créditos a condiciones favorables a esos países, siempre que disminuyan sus ingresos provenientes de la exportación de materias primas. La puesta a disposición con tal fin de una sexta parte de las reservas de oro del FMI la considera el Gobierno Federal como un primer paso en la dirección adecuada. Pero dados los problemas con que nos enfrentamos, no estima suficiente dicho volumen; por eso se esforzará por una ampliación del mismo.

Un manejo flexible de este instrumento contribuirá a potenciar su eficacia. Esto se refiere tanto a las condiciones de los créditos como a la duración y a la posibilidad de dispensar su reintegro bajo determinados supuestos.

Las medidas de estabilización del producto de la exportación de materias primas, que son exportadas tanto por los países en desarrollo como por las naciones industrializadas, tienen la ventaja de la precisión, ya que no redundan más que en beneficio de los países en desarrollo y evitan el absurdo efecto de que las naciones industrializadas exportadoras de materias primas mejoren sus ingresos a costa de los países importadores, ya sean las naciones industrializadas o los países en desarrollo.

El Gobierno Federal aboga además a favor de que el sistema actual de la financiación compensadora que aplica el Fondo Monetario Internacional sea mejorado, tanto cuantitativa como cualitativamente.

Evitación de oscilaciones excesivas de los precios

En ello están interesados tanto los países productores como los consumidores. De ahí que el Gobierno Federal esté dispuesto a tener en cuenta la posibilidad de concertar convenios de materias primas en aquellos casos en los que:

— sean adecuados para evitar oscilaciones excesivas de precios en el mercado de una determinada materia prima,
— mantengan precios aptos para equilibrar a largo plazo la oferta y la demanda, y
— los costes guarden una proporción adecuada con los beneficios.

La República Federal de Alemania se ha adherido a todos los convenios de materias primas y cooperado activamente en todas sus negociaciones.

La meta de nuestros esfuerzos se cifra en conseguir precios que sean lucrativos para los productores y adecuados para los consumidores, creando así un equilibrio a largo plazo entre una oferta y una demanda en trance ambas de expansión. El Gobierno Federal acepta precios que tiendan a subir a largo plazo, siempre que estén de acuerdo con la evolución de la oferta y la demanda. Pero consideraría peligroso el intento de fijar artificialmente los precios de las materias primas por encima del precio de equilibrio a largo plazo, ya que los precios excesivos significan superproducción y no se pueden mantener más que poniendo en práctica limitaciones a la producción y a la exportación. Un desaprovechamiento o incluso paralización de la capacidad de producción de tal naturaleza es absurdo desde un punto de vista económico-mundial en un mundo que, como el nuestro, se distingue por la escasez.

Además, en el caso de la mayor parte de las materias primas a debate parece problemático que los precios excesivos resulten a largo plazo beneficiosos para los mismos productores, ya que los precios excesivos significan retroceso de la demanda, sustitución por sucedáneos y aparición de nuevos productores en el mercado, lo que significa muchas veces nuevos productores también y precisamente de las naciones industrializadas. Al final de este proceso podría registrarse una disminución o un estancamiento del producto de las exportaciones de los países productores originarios, mientras que la economía mundial en su totalidad sufriría el desplazamiento de la producción sobre la base de costos favorables a otra de desfavorables.

No hay que olvidar que las materias primas son también objeto de importación por parte de los países en desarrollo, bien directamente o indirectamente, es decir, en forma de manufacturas. Viceversa, las naciones industrializadas son también exportadoras de materias primas, en algunos casos sus principales exportadores. Por consiguiente, la transferencia de recursos a través de unos precios excesivos de las materias primas supondría también una carga para los países en desarrollo y favorecería en gran medida a algunas naciones industrializadas.

Los problemas expuestos se plantearían con toda virulencia también en el caso de la vinculación de los precios de las materias primas a los precios de importación de los países en desarrollo. Ello constituiría también un intento de fijar los precios independientemente del precio de equilibrio de mercado a largo plazo, y originaría nuevos problemas. Por ejemplo, la tarea de hallar una fórmula justa del índice no es soluble ni siquiera en la teoría. En la práctica, el intento de imponer precios indiciados provocaría un verdadero alud de medidas dirigistas. Una fórmula indiciada global inmovilizaría los precios relativos de las distintas materias primas sin tener en cuenta la evolución de la productividad.

Por todas estas razones está persuadido el Gobierno Federal de que el propósito de aumentar el producto de la exportación de materias primas de los países en desarrollo no puede llevarse a efecto por vía de precios administrativos, sino por el camino de la economía de mercado; esto es, a través de un aumento de la productividad y, por consiguiente, de los beneficios, a través de un aumento de las ventas, de una mayor intervención en su comercialización, de una realización de las primeras fases de elaboración y, por último, a través de una diversificación decidida, en aquellos casos en los que la estructura de

los costos del país productor no permita una producción lucrativa a precios de equilibrio de mercado.

Salvaguardia del abastecimiento de materias primas

Tampoco en la actual situación de estancamiento y de consumo regresivo de materias primas podemos perder de vista el problema de la salvaguardia del abastecimiento de materias primas, ya que la expansión de la economía mundial a que tendemos y una población en trance de rápido crecimiento conducen a un aumento del consumo de materias primas. Debemos, pues, preocuparnos, con la antelación debida, por una capacidad suficiente de producción. Ello significa exploración de nuevos yacimientos, puesta en explotación de los mismos y la creación de una infraestructura adecuada para transportar la producción al mercado. Esta tarea de abastecimiento ininterrumpido de materias primas no puede resolverse más que mediante la cooperación entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo. Cooperación significa asociación en pie de igualdad. La cooperación impide que las materias primas de un país en desarrollo sean explotadas por otro país sin que el país de origen se vea realmente beneficiado en su desarrollo.

El problema de un abastecimiento ininterrumpido de materias primas podría convertirse de hecho en una cuestión decisiva para una serie de materias primas y no sólo para los cereales.

Aceleración de la industrialización

En la segunda conferencia de la UNIDO en Lima, el Gobierno Federal hizo profesión de fe en la necesidad de acelerar el proceso industrializador de los países en desarrollo, y colaborará, por tanto, activamente en la consecución de ese objetivo.

La industrialización de los países en desarrollo significa un cambio de estructura de la economía mundial. Para los sectores estructuralmente débiles de las naciones industrializadas significará muchas veces una dolorosa adaptación. Cada Gobierno deberá estar preparado para que dicha adaptación se desarrolle por cauces ordenados. Pero el Gobierno Federal ha estado siempre convencido de que los cambios estructurales condicionados por el mercado no deberán ser impedidos por subvenciones de sostenimiento. Lo que hay que hacer más bien es facilitar dichos cambios concediendo ayudas a la mano de obra y a los inversores para que pasen de los sectores estructuralmente débiles a otros con porvenir. No necesito insistir en que dicha tarea la podrá

resolver más fácilmente una economía expansiva que otra recesiva. También en estos sectores están íntimamente unidos el crecimiento de las naciones industrializadas y la realización de los objetivos de los países en desarrollo.

Mejora del traspaso de tecnología

En conexión con la industrialización del Tercer Mundo y con la aceleración del proceso de desarrollo en general, el Gobierno Federal es plenamente consciente del importante papel que en la consecución de estos fines tienen que asumir la ciencia y la tecnología.

El Gobierno Federal se esfuerza, pues, a través de una cooperación en pie de igualdad y dentro de los marcos bilateral y multilateral por reforzar la infraestructura científico-tecnológica de los países en desarrollo. Este robustecimiento de la infraestructura deberá ampliar la capacidad de adopción de la tecnología por parte de los países en desarrollo. Además deberá poner a los países en desarrollo en condiciones de seguir desarrollando creativamente la tecnología adoptada, adaptándola a las peculiaridades de las economías nacionales de cada uno de ellos. En numerosos sectores, lo que habrá que hacer será sustituir los métodos de producción de las naciones industrializadas, los cuales dan gran importancia al factor capital, por otros no menos modernos, pero en los que se dé mayor importancia al factor trabajo.

El Gobierno Federal está asimismo interesado en mejorar las condiciones básicas para el traspaso de tecnología. Para ello colaborará activamente, dentro del marco de la Conferencia Mundial de Comercio, en la redacción de un código internacional de comportamiento para el traspaso de tecnología.

Tanto la aceleración de la industrialización como la intensificación del traspaso de tecnología no podrán realizarse muchas veces más que a través de una cooperación industrial entre los países en desarrollo y las empresas de las naciones industrializadas con economía de mercado. En una parte de los casos, los mismos países en desarrollo desearán también una participación financiera de las empresas en proyectos conjuntos. El Gobierno Federal fomenta esa cooperación industrial mediante ayudas financieras y tributarias y la concesión de avales. Pero lo decisivo es, en última instancia, la clase de condiciones que creen los mismos países en desarrollo para esa colaboración. Dos cosas importan a este respecto: confianza mutua y seguridad jurídica a largo plazo, esto es, seguridad a través del derecho interna-

cional. Crear formas de cooperación industrial que tengan en cuenta ambas condiciones es una misión de importancia decisiva para el objetivo del desarrollo.

Aumento de la producción de alimentos

El aumento de la producción de alimentos en los países en desarrollo tiene que ser el objetivo principal de los países que padecen un déficit alimentario.

De acuerdo con las estimaciones presentadas a la Conferencia Mundial de la Alimentación, las necesidades de alimentos de los países en desarrollo experimentarán un aumento anual del 3,6 por 100, mientras que su producción no se incrementará más que en un 2,6 por 100. A la vista de perspectivas tan sombrías, las naciones industrializadas y los países en desarrollo tendrán que colaborar estrechamente para conseguir como objetivo inmediato que, por lo menos, no siga empeorando la situación de insuficiencia alimentaria en que actualmente se encuentran las gentes del Tercer Mundo. Los problemas alimentarios de los países deficitarios no podrán resolverse a la larga más que aumentando la producción propia de alimentos. Esta es la razón de que el Gobierno Federal otorgue prioridad a la ayuda para el aumento de la producción de alimentos. Además continuará dispensando su ayuda alimentaria.

El Gobierno Federal hace asimismo profesión de fe en los principios de un «Compromiso internacional para la salvaguardia de la alimentación mundial», propuestos por la FAO. De ahí que abogue por una coordinación de las reservas nacionales de cereales, ya creadas o a crear, dentro del marco de convenios internacionales para contribuir a enjugar déficit mayores de abastecimiento. Pero la condición principal para la salvaguardia de la alimentación mundial es que se conozcan a tiempo los resultados probables de las próximas cosechas, así como las necesidades de importación de alimentos básicos, ya que ésta es la única manera de que se puedan adoptar las medidas pertinentes para evitar situaciones de abastecimiento.

Intensificación del trasvase de capital

Aun cuando en la futura estrategia del desarrollo vaya a tener el comercio una importancia mayor que en la actualidad, el trasvase directo de capital seguirá siendo un elemento central e indispensable en la colaboración entre naciones industrializadas y países en desarrollo.

El Gobierno Federal es consciente de que una intensificación de la afluencia de capital, tanto privado como público, constituye una condición indispensable para que los países en desarrollo puedan alcanzar las tasas de crecimiento necesarias. Esta afirmación hay que aplicarla de modo especial a los países menos desarrollados, los cuales no pueden extraer normalmente más que beneficios limitados de las mejoras en el ámbito comercial, en comparación con aquellos países que poseen grandes yacimientos de materias primas importantes o que disponen ya de una base industrial.

Las prestaciones oficiales de la República Federal de Alemania volvieron a aumentar en un año tan difícil como el de 1974. El Gobierno Federal seguirá haciendo en el futuro honor a su responsabilidad. Pero no debiéramos olvidar ninguno de nosotros que la posibilidad de aumentar las prestaciones depende en gran medida, tanto en el caso de la República Federal de Alemania como en el de otras naciones industrializadas, de la superación de la recesión mundial.

Las promesas de ayuda de la República Federal de Alemania poseen un valor permanente gracias a la decidida política de estabilidad del Gobierno Federal. De ahí que el índice de precios de la exportación alemana no se haya incrementado este año más que ligeramente. De nuestra política de estabilidad se benefician también los países en desarrollo.

Además del aumento del volumen habrá que seguir mejorando también las condiciones en las que se desarrolla el trasvase de capital. Los créditos que concede la República Federal de Alemania tenían en 1974 un tipo de interés del 1,85 por 100 por término medio. El Gobierno Federal concede sus créditos a los países más afectados por la crisis a condiciones de la IDA, es decir, a un tipo de interés del 0,75 por 100 y con un plazo de reembolso de cincuenta años.

Reorganización del sistema monetario internacional

La cooperación monetaria internacional tiene que apoyarse en la base de una repartición equilibrada de los derechos y deberes de todos los países. El Gobierno Federal se congratula por eso de la proyectada duplicación de la cuota de los países petrolíferos en el Fondo Monetario Internacional, la cual pasará del 5 al 10 por 100. Dicha duplicación está en consonancia con la mayor importancia y responsabilidad de dichos países en relación con el sistema monetario mundial. El aumento de la cuota se corresponde con una disminución de la de las naciones industrializadas. Esto quiere decir que la influencia de los

países en desarrollo aumenta en términos generales dentro del Fondo Monetario Internacional.

El Gobierno Federal contribuirá además al abaratamiento de los intereses de la facilidad petrolífera del Fondo Monetario Internacional. En dicha facilidad participa el Bundesbank alemán con 300 millones de derechos especiales de giro.

C

El establecimiento de relaciones económicas equilibradas y justas entre los países en desarrollo y las naciones industrializadas no puede conseguirse de improviso en una conferencia, sino que se trata más bien de un proceso que condicionará la política mundial también en el transcurso de los próximos años.

El Gobierno Federal participa en dicho proceso con sincera voluntad de asociación en pie de igualdad y de colaboración. Desea y promueve el diálogo entre las naciones industrializadas y los países del Tercer Mundo con el fin de llegar a un justo equilibrio de intereses. Además del diálogo desea acometer acciones concretas conjuntas. Aprovechemos todas nuestras posibilidades, aprovechemos nuestras relaciones bilaterales, aprovechemos la cooperación en los organismos internacionales y aprovechemos todos los contactos entre nuestros pueblos para corregir los errores del pasado y para encontrar a escala mundial un orden mejor para las relaciones económicas. Dentro de dicho orden tenemos que considerarnos todos como asociados con igualdad de derechos. Reconozcamos, sobre todo, que en una situación de dependencia recíproca no sólo importan las ventajas y el bienestar propios, sino también las ventajas y el bienestar de los demás.

Ha vuelto a hacerse un mal uso del poder económico, lo mismo que se ha hecho con el político y el militar. Es misión de las Naciones Unidas evitar cualquier forma de tal abuso. Quien posea poder no debe tener tampoco la libertad de ejercerlo ilimitadamente. Un orden de la economía mundial basado en la cooperación leal necesita, por consiguiente, reglas de juego diáfanas y, sobre todo, la posibilidad de imponerse.

La capacidad económica de todos los Estados del mundo no es, por muy grande que sea, ilimitada. Quizá sea suficiente para resolver los grandes problemas de la humanidad a fines del siglo XX, es decir, el subdesarrollo, el hambre, la enfermedad y la pobreza.

Pero una cosa puede darse por descontada: toda nuestra capacidad económica no bastará si todos los Estados utilizan su potencial

económico unos contra otros, en lugar de hacerlo en pro de un desarrollo pacífico común.

La solución para la actual crisis es de doble carácter: nacional e internacional; el punto de partida es la solución nacional haciendo todo lo posible para paralizar la inflación, en primer lugar, ya que sin este esfuerzo la colaboración internacional no serviría para nada [70]. La economía dispone de unas leyes que nadie puede cambiarlas. Hay que descubrirlas, comprenderlas y aplicarlas.

STEFAN GLEJDURA

70 LENNEP, E. van: *Die Energiepolitik und ihre Konsequenzen für die internationale Währungssituation*. Europa Archiv, A. 30, núm. 5, 1975, 131-142.